cado en el más riguroso clasisismo, en no haberse desdeñado de ejecutar esculturas polícromas; razón de sobra ha habido para hacerle justicia al escultor Alonso Cano haciendo figurar su *San Francisco* de Toledo[1] al lado de las mejores estatuas clásicas; y razón tuvo, por último, Tolsa al cultivar á la vez que la clásica la escultura colorida, dando la norma de nuestra escultura religiosa.

Observación muy justa ha sido, por otra parte, la de que dichas maderas pintadas corresponden á dos artes; y que tanto como la del escultor, demandan la pericia del pintor, haciéndose á veces necesario en su ejecución el concurso de dos artistas como en el *San Ignacio* de Montanés pintado por Francisco Pacheco;[2] lo que sin duda puede añadir mérito especial á tales obras. Y estando destinadas á ocupar los altares y á ser vistas por lo mismo, de frente, cuidan sus autores de darles el mayor interés hacia tal punto, omitiendo igual esmero en los demás perfiles.

Reconocer el mérito de la escultura pintada religiosa, no es ciertamente lo mismo que pretender que pueda rivalizar en belleza con la escultura griega.

No fué fugitiva la huella que en la Nueva España dejó el insigne valenciano como escultor, y así como supo legar obras notables, formó, siendo profesor de la Academia de San Carlos, discípulos dignos de estima; el

1 *Gallery Sculpture.* William Walton. V. 2º Dicho *San Francisco* que durante muchos años se había tenido por obra de Alonso Cano, según ha demostrado recientemente el ilustre crítico de arte D. Pedro de Madrazo, pertenece al escultor Pedro de Mena.

2 Cánovas del Castillo. *Artes y Letras.*

principal de los cuales por la colaboración que tuvo en las obras de su maestro, fué Pedro Patiño Ixtolinque de raza indígena;[1] así como Mariano Perusquía y Mariano Arce ilustres escultores queretanos.[2] En las obras que emprendió rodeóse de aquellas personas que pudieron prestarle útil ayuda, y así fué como pudo aprovechar el talento de Zacarías Cora, encomendándole la ejecución de las estatuas de piedra de las torres de la Catedral de México, sin duda dibujadas por Tolsa puesto que dejan ver claramente su estilo.

Tolsa abrió paso á las dos corrientes de la escultura en México, la profana y la religiosa, la clásica y la polícroma, siendo ambas cultivadas por sus discípulos, si bien la segunda más especialmente por demandarlo así las necesidades de la sociedad y de la época.

Al fijarnos en las producciones salidas de la mano de Patiño, prescindiendo de las que hizo bajo la dirección inmediata de su maestro ó bajo su directa inspiración, se ve que no fué su continuador, sino simplemente un discípulo empeñoso y aprovechado sin el ge-

1 Nació en Ecatzingo y había sido discípulo de los primeros maestros de escultura de la Academia, D. Santiago Sandoval y D. José Arias, el segundo de los cuales hubo de desempeñar por poco tiempo el magisterio á consecuencia del extravío mental que sufrió, y por el que se le hizo volver á España á donde había dejado una hermana cuya ausencia le ocasionó la locura.

2 La buena y clásica escuela en que parecen haber sido formados esos dos artistas, hace que los tengamos por discípulos de Tolsa, mas esto no excluye el que lo pudieran haber sido de los dos primeros profesores de escultura que tuvo la Academia. Por lo demás, existe en Querétaro la tradición de que fueron discípulos de la Academia de San Carlos; tradición que nos comunicó el escultor queretano D. Diego Almaraz y Guillén.

nio del maestro. Sus obras muestran saber, empeño y finura de ejecución, pero no gran originalidad. Sabe hacer caras agraciadas y por eso en las figuras de ángeles parece hallarse en su terreno propio. Ejecutó varios en yeso y otros en madera colorida; pero de sus diferentes obras la más importante es, en nuestro concepto, el bajo relieve hecho en competencia con un escultor español[1] que revela la suma de sus conocimientos y que le valió el profesorado en la Academia. Su asunto es *Wamba renunciando la corona real.* Dicho bajo relieve está tratado á la manera de Ghiberti, esto es, con perspectiva y bultos en gradual diminución de relieve. Presenta variedad de tipos, edades y actitudes en los diversos personajes de la escena, bien arreglada por su parte, aunque sin muestras de grande inventiva. Hállanse esculturas suyas en México y en Querétaro.[2]

Hacia la segunda mitad del pasado siglo, en ésta ciudad habían trabajado algunos escultores antes de la aparición de Perusquía y de Arce, que fueron el fraile Sebastián Gallegos, cuya es la venerada imagen de la *Virgen del Pueblito*, no ciertamente notable por su belleza; el maestro Bartolico autor del *Nazareno* de Santa Clara imponente por su expresión, mezcla de dolor y dulzura,[3] y Francisco Rodríguez que hizo el *San Fran-*

1 Parece que se llamaba Canalosi y la obra que hizo representa á *Cayo Ostilio ante los muros de Numancia.*

2 Al mismo pertenecen las dos esculturas de la *Concepción* hechas para vestir, de Santa Teresa la antigua de México y la de San Antonio de Querétaro; así como las dos estatuas de la *América* y de la *Libertad*, puestas á ambos lados de la escalera de la Academia, que proyectó para un monumento fúnebre á Morelos.

3 Hay la tradición de que el *Santo Entierro* que poseen los religiosos de Santa Clara de aspecto sumamente venerable fué obra del maestro Bartolico.

cisco de la iglesia de San Antonio, y al que el autor de las "Glorias de Querétaro" dedica exagerados elogios, con ser un artista menos que mediano, lo propio que Gallegos.

Los que levantaron la plástica religiosa á inesperada altura en los primeros lustros del siglo actual, fueron los queretanos Perusquía y Arce. Conocedores de la anatomía de las formas como del dibujo, dieron un gran paso en el arte poniendo sus figuras en consonancia con lo natural y con lo bello; sin embargo de que se resienten en algo del medio en que vivieron, no el más apropiado por cierto á la prosperidad de las artes. Fuéles preciso hacer imágenes para vestir según el extraviado gusto del público, en mayor número que de talla entera; y esto aminora necesariamente la valía de su trabajo tomado en conjunto, mas no por eso cabe negar sus cualidades: las buenas proporciones que en lo general adoptaron, sus tipos nobles y hermosos, su esmero en las extremidades, su exacto y suave modelado, su colorido verdadero, la expresión, en fin, que dieron á los rostros en conformidad con el carácter de lo representado, apacible ó conmovedora, sombría ó risueña, extática ó comunicativa.[1]

Cierto que en las actitudes de vez en cuando emplean todavía los moldes hechos repitiendo las posturas convencionales sin sacudir por completo el hieratismo escultórico; cierto que en ocasiones se descubren ligeros

1 Establecieron ambos un taller en Querétaro y trabajaron unidos bastante tiempo. Designábanse en esa época, comprendiendo también á D. Mariano Montenegro discípulo suyo, con la denominación de los *tres Marianos.*

descuídos en alguna porción de sus figuras, y que buscan demasiadamente lo bello en los rostros; pero constantemente son sinceros, expresivos, religiosos y se ve que aun pertenecen al número de los hombres creyentes.

Perusquía es más fino, por decirlo así, más cuidadoso; Arce más varonil y atrevido y desecha más de sí la rutina; el primero luce en las vírgenes y en los niños, el segundo se señala en las figuras de santos; sabe expresar aquél mejor la pureza y la ternura, éste el dolor y el arrobamiento. Demuestra Perusquía en la *Purísima* de San Felipe de Querétaro hasta dónde pudo llegar su fantasía en la concepción de la belleza femenina; mientras que en la *Virgen del Socorro* de San Agustín que lleva en brazos al niño Dios, manifiesta felizmente el amor de la madre y la ternura del hijo. Es el niño de tal imagen sobremanera interesante, por su expresión, que hace que el espectador más indiferente se sienta atraído por aquella mirada, conjunto de amor, dignidad y blandura. Su *Crucifijo* de Santa Clara, de simétrica disposición que recuerda el cuadro de Velázquez del mismo asunto, tiene una musculación si moderada, exacta; palidez natural y apropiada, y el rostro tranquilo y resignado.

Por lo que toca á Arce pueden ser reputadas como sus mejores obras el grupo de la *Piedad*, de talla entera, de Santa Clara, en el que se ve el partido que sabía sacar en los paños; la *Mater dolorosa* de San Felipe, afligida sin afectación, y el *Santiago* de la Catedral en el momento de aparecérsele la Virgen en Zaragoza, de actitud arrogante, y acabada muestra de haber sabido

expresar su autor con gran acierto complexa unión de sentimientos, la sorpresa, la admiración y el arrobamiento.[1] En las encarnaciones fué tan apropiado como Perusquía; de ambos autores se precia de tener obras también Guadalajara.

Sabido es que entre los griegos usóse la policromia en la estatuaria, ya natural, como la denomina Blanc, ó producida por el color propio de las diversas materias empleadas y combinadas en ella, como el oro, el marfil, el bronce y el ébano; ya artificial ó aplicado el colorido sobre el propio de la materia que lo recibe; pero ni uno ni otro sistema puede confundirse con el seguido en las obras que examinamos, que fué casi exclusivo, puede decirse, de España, donde las artes experimentaron profunda transformación informadas por el ideal católico. Al usarse en Grecia la escultura polícroma no se cuidó de que el colorido estuviese en conformidad con el natural, puesto que dieron á las carnes color plomizo y rojo al cabello etc.; siendo de advertir además, que las dichas obras pertenecían al estilo arcaico y que cayeron en desuso cuando la plástica griega alcanzó su apogeo, dándose entonces la preferencia

1 Refiérese que habiéndole sido encomendada la ejecución de una imagen de Santiago, patrón de Querétaro, al hacer la entrega de ella reunióse el Ayuntamiento para recibirla con gran solemnidad; visto lo cual por el escultor dijo: que la obra no merecía tales honores, y haciéndola pedazos añadió, que haría una que fuese digna de su patria; promesa que más tarde cumplió regalando á Querétaro el *Santiago* que en la actualidad se venera en la Catedral, y que es obra notable. Del mismo Arce son las esculturas del templo de la Villa de Montecillo en S. Luis Potosí, entre las que descuella por su belleza un *San Cristóbal.*

á las esculturas de mármol ó bronce de un solo color; mientras que los españoles educados por medio de Berruguete en la clásica escuela de Miguel Angel, conocieron y estimaron la escultura monócroma; no obstante lo cual, se desviaron de aquella manera de sentir la escultura ajustándola á la índole del cristianismo. Por otra parte, cultivaron dicha escultura colorida no como los griegos, en los tiempos primitivos, sino en el apogeo de su desarrollo artístico, y se ciñeron á más, en cuanto al color, á imitar la verdad de la naturaleza.

Reflejada la índole española en tantas cosas nuestras, vese también de manifiesto en la manera de sentir y tratar la plástica los artistas que en México la cultivaron antes de la Independencia; los cuales, formados en la académica escuela de Tolsa, hicieron efigies coloridas lo mismo que los peninsulares, no sin que dejaran ellas impresos especiales caracteres. De la propia manera que al pronunciar el idioma de Castilla lo dulcificamos afeminándolo, así nuestros escultores cambiaron ciertos acentos vigorosos del arte español por otros más apacibles. A la extenuación de la forma corpórea, al detalle en la musculación, al profundo ascetismo, á las fisonomías demacradas por la meditación, los ayunos y la penitencia, sustituyeron la redondez de las formas, la simplificación de la musculatura, el misticismo dulce, las fisonomías bellas y agraciadas y la representación del estado beatífico y glorioso; por eso si los unos nos conmueven y como que sacuden nuestro espíritu, los otros nos atraen apaciblemente al expresar el ideal religioso.

V

Al introducirse la pintura en la Nueva España no apareció con aquellos caracteres propios de la infancia ni siguió lento y gradual desarrollo, sino que por el contrario, vino de improviso, en estado de madurez y cuando todos sus procedimientos habían sido descubiertos.[1] Comenzaba á generalizarse la pintura al óleo sustituyéndose al procedimiento tan usual hasta entonces de los frescos; por lo que la mayor parte de los cuadros que aquí se ejecutaron lo fueron al óleo, y en lienzo, en lámina ó sobre tabla, aunque también se hicieran, si bien en menor número, pinturas al temple, al pastel y á la acuarela.

El cultivo de la pintura en España fué tan considerable á partir del siglo décimosexto y su difusión tan grande, que naturalmente trascendió á aquel de sus dominios considerado como el de mayor importancia. Atendiendo á ese fecundo desarrollo por cuya virtud

1 No tomamos en cuenta á los pintores indígenas que á raíz de la conquista trabajaban en el taller del P. Gante y bajo su dirección, y cuyas obras debieron de ser rudimentales, tanto porque según todos los indicios su papel se redujo al de simples copistas, como porque los pintores nacionales que más tarde hubo, no procedieron de ellos, sino de los maestros españoles que vinieron á establecerse en el nuevo reino.